



I have heard
Laughter in the noises of beasts that
(make strange noises.
T. S. Eliot

I

Era de noche cuando el mar se borró de los rostros de los
[náufragos como una expresión sagrada.
Era de noche cuando la espuma se alejó de la tierra como una
[palabra
todavía no dicha por nadie.
Era la noche, y la tierra era el náutico mayor entre todos
[aquellos hombres,
entre todos aquellos era la tierra
como un artificio de las aguas.

Y ahora, en los sitios no detenidos ya por la razón,
en la plaza interior de la Plaza Pública,
la brisa parece procrear ese lejano olor
de animales y prisioneros flechados o ya dispuestos por las lanzas,
o conducidos a la presencia de la mano que ordena y señala,
[sostenida por sus anillos y pulseras,
desde los sitios básicos del poder: necesidad y crimen.
¿En dónde están los hombres que dieron este grito de batalla y
[este grito de sueño?
¿Dónde están aquellos que condujeron la palabra
y fueron llevados por ella al sitio de la oración y a la materia del
[silencio?

Carencia fluctuando entre la piedra y la mano que va a producir
[en ella la sospecha de su alma;
habitante sombrío enmudecido bajo tus obras;
condúceme al himno disperso que flota ceniciento entre la
[podredumbre de las hojas.

Unta cada palabra mía con cada silencio tuyo,
mas no nos ciegue el chispazo de este mutuo lenguaje,
para que así las muertos asomen la mirada entre las brasas de lo
[dicho
y la frase se encorve por el peso del tiempo.

II

Jugó la selva con el mar como un cachorro con su madre,

bostezó el día glotón entre los senos de la noche,
en su acción de posarse buscó alimento la palabra,
sonó el acto en su propio vacío
como una dolorosa constancia de fuerza que el sueño del hombre
[no pudo medir.

Ahora juega la tarde un momento con los islotes de jacintos antes
[de abandonarlos
y el aire es todavía un venado asustado.
El sol es una mirada que se va devorando a sí misma,
todo jadea de un sitio a otro
y la hojarasca cruje en el corazón de aquel que al caminar la va
[pisando

Un pez está inmóvil bajo el peso de su respiración;
bajo la dura luz poniente fluyen las grandes aguas color
[chocolate,
sobre un tronco caído, una iguana
fluye succionada por otro tiempo, pero está inmóvil, no hay fuga
[en sus ojos más fijos que la profundidad del mar,
y el movimiento que la rodea es lo que petrifica sus señales.

La tempestad pesa como un dios que va haciéndose visible,
una bandada de truenos cruza el cielo,
la luz se está pudriendo; ya no quedan designios,
nadie escucha en la piedra los sonidos humanos donde la piedra
[ganó raíz de carne,
nadie se desgarrar con esa soberbia del mineral que tiene a la
[memoria cogida por el cuello.
Todo parece dormir igual que un dios que se torna de nuevo
[invisible
detrás de este tiempo, donde ahora se balancean y crujen
las ramas de los árboles.

Herid la verdad, buscad en vuestra saliva la causa de aquél y de
[este silencio,
pulid esta soberbia con vuestros propios dientes;
de nuevo la lanza en la mano del joven,
de nuevo la arcilla bajo la instrucción de la mano volviéndose
[al sueño y al uso del sueño,
de nuevo la escultura bebiéndose el alma,
de nuevo la doncella acariciada por la mano del anciano
[sacerdote,

En Tabasco, casi en la desembocadura del río Tonalá, existe un lugar llamado La Venta, donde fueron encontrados las cabezas monumentales y los restos de altares, de una antiquísima cultura de raíz olmeca.

Resulta inquietante, que en sitio tan terriblemente inhóspito —especie de isla cercada de marismas—, se hayan encontrado estos restos monumentales de roca basáltica. Aún es inexplicable el acarreo desde las estribaciones de la Sierra Madre del Sur —sitios donde esta roca se produce, y que sí ofrecían magníficas condiciones para vivir—, de esas toneladas monolíticas de basalto por selvas y pantanos, y el por qué fueron labradas y erguidas en tan extraño lugar.

de nuevo las frases del triunfo en los labios del vencedor
y en su voz el estremecimiento de su codicia y sobre sus hombros
[el manto de su raza.

Pero ya nada responde.

La selva transcurre vendada de lluvia,
todo yace enterrado en las grandes cabezas de piedra, todo yace
[ubicado en el ciego peso de la piedra;
en ese rostro congestionado de feroz ironía, en el fondo de ese
[rostro
de donde parece surgir, igual que una burbuja de alguien que
[respira allá adentro,
esa sonrisa que sube a viajar, quién sabe hacia dónde, entre el
[negror de los labios...

Todo está igual que el primer día, sin embargo;
la selva lo acecha todo, su velocidad está llena de pozos, hay
[túneles en espiral abasteciendo su mesa.

Todo está igual que el último día sin embargo,
la flor del maculí como una boca violenta y roja suspendida en
[el aire caliente,

la ceiba enorme atrapada por la fijeza de su fuerza,
y por las noches, entre el zumbido de los insectos, el olor
[dulzón y tibio de los racimos de flores del jobo,
y bajo las ramas de los polvorientos arbustos, el olor lejano del
[huele de noche.

Pero todo está detenido,
todo está detenido entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.
Pero nada está detenido,
todo está pasando entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses abandonados.
Ciudad desordenada por la selva;
la serpiente rodeando su ración de muerte nocturna,
el paso del jaguar sobre la hojarasca,
el crujido, el temblor, el animal manchado por su muerte,
la angustia del mono cuyo grito se petrifica en nuestro corazón
como una turbia estatua que ya no habrá de abandonarnos nunca.

¿Quién escucha ese sueño por las hendiduras de sus propios
[muertos?

La fuerza de la lluvia parece crecer de esas piedras,
de allí parece la noche levantar el rostro salpicado de criaturas
[invisibles,
de ese sitio que ha retornado al tiempo vegetal, al ir y venir de
[la hierba.

Nada descansa pero todo duerme; todo lo que se pudre, inventa.
Esta doncella aún no concedida al placer,
aquellos ojos seniles que ruedan en su propia fijeza, a semblanza
[de un desterrado de sus recuerdos.
los consejeros del rey, los vencedores del tiburón,
los que sujetando al vencido con una soga al cuello, posaron
[sentados bajo el friso de los altares,
asentando sus cuerpos rechonchos en el interior de una concha
[de poder.

Nube de tábanos y grandes moscas de alas azules
rezumbando sobre la cabeza del predicador, sobre la boca del
[poeta,
sobre el manto estriado por la sangre de los esclavos;
una corona de tábanos y moscas sobre el nombramiento del
[mundo.

Todo duerme, todo se nutre de su propio abandono,
en el centro de la inmovilidad reside el verdadero movimiento.
El poder de la selva y el poder de la lluvia,
la garra del inmenso verano posada sobre el pecho de la tierra,
el pantano como una bestia dormida en los alrededores del sol;
todo come aquí su tajo de destrucción y delirio,
la luz se hace negra al quemarse a sí misma,
el cielo responde roncamente, el rayo cae como todo ángel
[vencido.

Mirad las cabezas de piedra bajo la lluvia
o bajo el hacha deslumbrante del sol igual que un verdugo
[embozado en oro.

Mirad los rostros de piedra en el campamento de la noche,
en la descomposición de la gloria, en la soledad de la primera
[pregunta y en su retorno después de la segunda.

Mirad las cabezas de piedra,
máscaras que ocultan su clave divina, su organismo atajado por
[el silencio.

Mirad los rostros de piedra junto a la boca impía del pantano.

Aquí están, aquí donde no representan ni señalan.
Aquí los triunfadores y los esclavos y el gemido del anciano y la
[primera sangre de la doncella,
están ya confundidos en una sola masa, en un solo bocado que
[mastica la selva indefinidamente.

Piedra caída en el agujero del sueño, no por su propio peso
sino por el peso que la realidad obtuvo del sueño,
¿cuándo hizo la vida ese gesto poderoso?
¿ante quién hizo la vida esta mirada hoy muerta?
¿qué deseo la tejió, qué ojos humanos la emplearon?

Este es el rostro, este es el cuerpo,
la carne que se hizo piedra para que la piedra tuviera un
[espejo de carne.
Animada por un soplo de piedra, la imagen de la piedra le dio
[nuevo peso a la carne;
y así se oye el peso de otro silencio y el peso de otra imagen en
[la actitud inmóvil del caimán;
aquí está la piedra despuntando en la carne,
aquí está la muerte eructando la piedra mientras hace la
[digestión de la imagen.

La piedra, la piedra, la piedra,
la piedra siempre agazapada
al final de todos los gestos de la carne del hombre.

III

Rompe el porvenir sus diques de estatuas,
lama que se extiende como un hormiguero verdinegro sobre la
[sapiencia de los altares devastados,
en el salitre de los muros derruidos aparece la sombra y el olor
[de la bestia,
entre el cieno de las inundaciones, los pejelagartos vuelven
[estúpidamente la cabeza hacia la eternidad
y comen bajo el brillo del sol en sus costados negros.

Nadie pasa, nadie sigue adelante en el reino de tanto
[movimiento,
en la basura de tanta vida, en la creación de tanta muerte.
Dioses dispersos entre las altas yerbas,
restos divinos de un festín humano bajo las hojas enormes del
[quequeste.

Ya no quedan palabras, ni flechas ni la persecución de las
[maderas,
ni llamados de caracol, ni brillo de puntas de lanzas,
sólo estas cabezas como flores monstruosas, erupciones oscuras y
[apagadas.

Ahora la verdad aparece con el zopilote,
sus alas negras baten como una lengua negra sobre el silencio de
[las cabezas de piedra,
y en el ruido de ese aleteo aparece el nuevo lenguaje,
las frases de la carroña al quitarse su máscara de esclava.

Llueve y la lluvia es el mito sangrante y blanco de todos los
[dioses muertos.
El agua escurre sobre las negras cabezas como una palabra
[perdida de lo que dice,
y después de la lluvia, otra vez los pájaros caminan por el cielo
como vigías olvidados, mientras se abren las puertas del
[amanecer
con un rechinar de goznes enmohecidos.

IV

Se abre la noche como un gran libro sobre el mar.
Esta noche, las olas frotan suavemente su lomo contra la playa
igual que una manada de bestias todavía puras.

Se abre la noche como un gran libro sobre la selva.
Los hombres muertos caminan esparcidos en los hombres vivos,
los hombres vivos sueñan apoyando las sienes en los hombres
[muertos,
y el sueño contamina de piedra sus imágenes.

Se abre la noche sobre ustedes, cabezas de piedra que duermen
[como una advertencia.

Se detiene la luna sobre el pantano,
gimen los monos.

Allá, a lo lejos, el mar merodea en su destierro,
esperando la hora de su invencible tarea.